

estudio de nuestros estudios impotentes.....  
por orgullo, tratando de hacer un análisis con el an-  
incapicables situaciones, cuyos misterios rechazamos  
por Descartes, y quedo bajo el poder de aquellas  
da real, estuvo en la duda filosófica encomendada  
intervalo que se pasó en vida somnambúlica de su vi-  
prenatal. Y aun a pesar de esto, durante el rápido  
duró el desconocido efecto verdaderamente so-  
inmóviles ojos de aquella especie de fantasmas, diri-  
sino hubiese sido por la singular invención de los  
judices auido de algún anónimo vecino.

Figuraos un pequeño anciano enjuto y descarnado,  
vestido con una túnica de terciopelo negro apre-  
tada al rededor de su cintura por un patriarcal  
cordon de seda. Tenia su cabeza cubierta con un  
bonete de terciopelo tambien negro que daba paso  
por los dos lados de su rostro á las largas mechas de  
sus canas. Sepultando un sayal á su cuerpo á manera  
de voluminosa mortaja, y aplicado su bonete en el  
cráneo de tal suerte que le encuadraba la frente, no  
se podia ver mas que su cara desencajada y angu-  
lar. Sin el brazo huesoso que parecia á un palo pa-  
rado de un tejido y que el anciano tenia levantado  
en el aire para que cayera sobre el jóven la claridad  
entera de la lámpara, hubiese parecido este semblan-

VI.

te estar suspendido en los espacios. Su barba cenicienta cortada en punta ocultaba la mitad del rostro de este ser extravagante, dándole la apariencia de aquellas judáicas cabezas, que sirven de tipo á los artistas cuando quieren representar á Moises.

Tan descoloridos estaban los labios de aqueste hombre, y tan sumamente delgados que debía ponerse particular atencion para adivinar en su blanca cara la linea trazada por su boca.

Su espaciosa y arrugada frente, y las sulcadas mejillas, la implacable fijeza de sus verdes ojocillos desprovistos de párpados y cejas, podian casi hacer creer al jóven que el *avaro* de Jerardo Dow habíase salido de su cuadro. Un grado de astucia increíble patentizado por las tórtuosas arrugas y circulares hendiduras de sus carrillos, manifestaban claramente una profunda ciencia de las cosas de la vida.

A primera vista ya parecia imposible engañar aquel hombre, pues parecia leerse en su rostro el don de sorprender los pensamientos hasta en lo mas recondito del corazon mas discreto. Resumíanse en su frio semblante las costumbres de todas las naciones del globo, con sus sabidurias, del mismo modo con que se hallaban acumuladas en sus pulverulentos almacenes todas las producciones del mundo. Irradiaba una sorprendente conciencia de fuerza junto con la lucida tranquilidad de un Dios que todo lo vé, ó de un hombre que todo lo ha visto. Con

dos espresiones diferentes, con solas dos pinceladas, un pintor habria sacado de aquel rostro, ya un bello retrato del Omnipotente, ya la máscara infernal de Lucifer: percibíanse á la vez en el conjunto de sus facciones suprema potestad en la frente y siniestros desdenes en su boca.

Dijeriendo por un poder inmenso las amargura y pesadumbres humanas, este hombre debia haber alcanzado matar los goces terrenales. Palidecía uno de horror con el presentimiento de que aquel antiguo jenio habitaba una esfera desconocida del mundo, y que en su círculo vivia solitario, sin placeres, puesto que no tenia ya ilusiones; y sin dolor, puesto que ya no conocia los deleites.

Estaba en pie, inmóvil, fijo como una estrella en medio de su nube de luz. Sus verdes ojos que destilaban no se que malicia indiferente, parecian aclarar el mundo moral asi cómo su lámpara iluminaba el majestuoso gabinete...

Este fué el extraño espectáculo que sorprendiera al jóven al abrir sus cansados ojos, y esto despues de haber sido taladrado por infinitos pensamientos de muerte é infinitas imajenes fantásticas.

Y si se quedó como desatinado, si se dejó dominar momentaneamente por una credulidad digna de los niños al escuchar los cuentos de sus amas, debe atribuirse al velo que sus meditaciones estendieran sobre su vida y su entedimiento, al desvarío pro-

ducido por sus nervios tan irritados, al violento drama que por sus escenas le habia prodigado los deleites atroces que el opio suministra.

Esta vision acaecia en Paris en el muelle Voltaire, en el siglo decimo nono, época y punto en que todo jenero de majia debe ser imposible...

Hallándose junto á la casa en la cual muriera el dios de la incredulidad del siglo diez y ocho, discípulo de Gay-Lussac y de Arago, altamente despreciador de qualquier charlatanismo, sin duda nuestro jóven no obedecia mas que á las poeticas fascinaciones, en cuyo seno prestigioso se sumerjiera, y á las cuales nos entregamos á veces con delirio, como para sustraernos al abatimiento de asombrosas verdades, como para tentar la potestad de Dios..

Pero al fin, tembló ante aquella luz y ante aquel anciano conmovido, por un inesplicable presentimiento de un poder extraordinario. Pero semejante emocion precordial parecia á la que debia experimentar todo hombre que estuviere en presencia de Napoleon, ó de otro gran hombre rodeado del brillante resplandor de la gloria y del jenio.

Al aspecto de aquella creación inmensa, de las maravillas del universo, las extravagancias de un sueño, en una palabra lo olvidó todo. Volvió á ser hombre, reconoció bien fácilmente en el anciano no no mas que una criatura de carne, viviente de ningún modo fantasmagórico, y desde entonces volvió á venir en el mundo real.

## VII.

Inmediatamente fué llamado en espíritu por univib los habitantes de la tierra á la tierra solitaria y desierta de los cielos empujados. Algunos perfumes de los cielos empujados, las atómicas torturas que hasta la médula de los huesos le quemaban. Por entre tinieblas negras por un fondo negro, resplandeciente la luz.

Este caballero desea ver el retrato de Jesu-Cristo pintado por Raphael?... dijo le el anciano cortesmente, con voz tan sonoramente clara y breve que parecia tener algo de metálico.

Y dejó la lámpara encima de un resto de columna, de manera que toda su claridad caía sobre la brumosa caja.

Al oír los nombres verdaderamente religiosos de Jesu-Cristo y de Raphael, soltó el desconocido un jesto de curiosidad sin duda previsto ya de antemano por el viejo. El mercader de antigüedades tocó un resorte, y subitamente la cubierta de caoba resbaló lijeraente en sus encajes, cayendo sin hacer ruido, y dejando la pintura á la libre admiracion de nuestro jóven.

Al aspecto de aquella creacion inmortal, olvidó las fantasias del almacén, las extravagancias de su sueño, en una palabra lo olvidó todo. Volvió á ser hombre, reconoció bien físicamente en el anciano no mas que una criatura de carne, viviente de ningun modo fantasmagórico, y desde entonces volvió á venir en el mundo real.

Inmediatamente fué embalsamado su espíritu por la tierna solicitud y benévola serenidad del divino semblante. Algun perfume de los cielos emanado, disipó las satánicas torturas que hasta la médula de los huesos le quemaban. Por entre tinieblas figuradas por un fondo negro, resaltaba luciente la cabeza del Salvador... Encantadora aureola de radíos centellaba dulcemente en derredor de su cabellera desde la cual esta luz queria esparcirse. Habia en la frente y en todas sus carnes una conviccion elocuente que por penetrantes efluvios de cada una de sus facciones emanaba... Sus labios de carmin acababan de hacer resonar la palabra de vida, y el espectador demandaba á los aires su sagrada armonía, pedíale al silencio su encantador acento, la escuchaba dentro del porvenir, volvia á hallarla en las patentes lecciones del pasado... Finalmente todo el Evangelio estaba evidentemente traducido por la tranquila sencillez de sus ojos adorables, ojos en los cuales se refugiaban las almas pervertidas ó ajitadas, y donde su religion se leía por entero en

una suave mirada y magnífica sonrisa que parecia encerrarla en resumen, esprimiendo el precepto que la contiene toda:

— ¡ *Amaos unos á otros!*

Esta pintura inspiraba la plegaria, escitaba el perdón, mataba el egoismo, despertaba todas las virtudes aletargadas... El triunfo de Raphael era com puesto. El curioso olvidaba el pintor.

Su obra que participaba del privilegio de los encantadores arrebatos que la música produce, colocaba bajo el hechicero poder de los recuerdos.... El prestigio de la luz obraba á mas de esto sobre la tal maravilla. De vez en cuando hubiérase dicho que la cabeza se elevaba á lo lejos en medio de alguna nube.

— Yo cubrí este cuadro que veis de monedas de oro!... dijo friamente el mercader.

— ¡ Y bien! no hay mas remedio que morir!... exclamó el jóven que ya acababa de salir de un embeleso cuyo último pensamiento le habia vuelto á estrechar en su fatal destino, haciendole bajar por deducciones insensiblemente graduales desde toda la altura de una esperanza postrera, esperanza á la cual se agarrára.

— ¡ Ah! ¡ ah! con que tenia razon en desconfiar de tí... contestó furiosamente el anciano agarrando ambas manos del jóven y apretandolas en una de las suyas como dentro de un estuche de hierro.

Sonrió tristemente el desconocido por la equivocacion del viejo, y dijo con voz de calma.

—¡Eh, buen anciano no temais! se trata de mi vida y de ningun modo de la vuestra... ¿Y pues que me apurais, porque no tengo de descubrir una supercheria inocente? continuó despues de haber mirado con inquietud al viejo...

Esperando la noche para poderme ahogar sin barullo, determiné venir á ver vuestras riquezas. ¿Y quien no perdonaria este último placer á un hombre de poesía y de ciencia?...

Pero el desconfiado viejo ecsaminaba con terrible sagacidad el nada placentero semblante de su curioso en el entretanto que exprimía estas razones, y tranquilizado por el acento de su voz dolorida, ó leyendo tal vez en su tétrico semblante los siniestros destinos que poco antes horrorizaron á los jugadores, soltóle las manos que con tanto vigor habia apretado. Pero aun por un resto de sospecha que acusaba una esperiencia universal y profunda, estendió casi maquinalmente su brazo hácia un bufete como para apoyarse en él, y tomando un verdugillo que sobre él se hallaba le dijo, mirándole de hito á hito:

—¿Seríais por ventura por espacio de tres años empleado supernumerario de la tesoreria sin haber recibido durante ese tiempo gratificacion alguna?

No pudo menos nuestro desconocido de sonreirse é hizo luego un ademan negativo.

— Hubieraos reprochado vuestro padre con sobrado calor el haber venido al mundo?... ó bien os hallais deshonrado?...

— Si deshonrarme quisiera... viviria.

—¿Fuisteis acaso silvado en los Funambulos?... ó bien estais en la necesidad de componer versos alegres para pagar el entierro de vuestra querida? no tendríais antes de todo eso la monomania del oro?... quereis desembarazaros de alguna melancolía?... por fin hablad; que estravió os fuerza á morir?...

— No en las razones vulgares que causan los mas de los suicidios pretendais encontrar el principio de mi mal... Para dispensarme de descubrir los tormentos horribles cuales dificilmente podrian espresarse en lenguaje humano, sabed que estoy dentro de la mas profunda, la mas innoble, la mas desgarrante de todas las miserias conocidas y por conocer.

— Y lo que es mas, con un tono de voz cuya salvaje arrogancia desmentia casi sus palabras precedentes, ni quiero mendigar socorros ni consuelos.

— Eh, eh... contestó el anciano.

Parecieronse estas dos silabas al grito de una crecela.

— Sin yo consolaros y sin vos implorarme, sin que tengais que ruborizaros, continuó el mercader, y sin que os dé;

Un centime de Francia,

— Un parat del Levante,  
Un taren de Sicilia,  
Un heller de Alemania,  
Un solo maravedi del mundo antiguo ni una sola  
piastra del nuevo;  
Sin daros la menor cosa en  
Oro,  
Plata,  
Papel,  
O cobre,

Puedo haceros mas rico, mas poderoso y mas considerado que un rey constitucional... Eh! eh!...

Nuestro jóven quedó casi del todo entorpecido, creyendo que el mercader se hallaba en la imbecilidad de aquella infancia propia de la vejez.

— Volved la cabeza... dijo el mercader tomando de repente la lámpara para dirijir su resplandor á la pared que hacia frente al retrato.

Y en breve añadió...

— Mirad esta piel de ZAPA.

VIII.

Volvióse el jóven bruscamente y dejó escapar un jesto de sorpresa contemplando un fenómeno asaz extraordinario.

Un pedazo de *zapa* suspendido en la pared precisamente sobre el mismo sitio en el cual se habia sentado, y cuya dimension era poco mas ó menos la de una piel de zorra, parecia despedir rayos luminosos. En el seno de la oscuridad profunda que en el almacén reinaba entonces, se hubiera tomado por la cola de un pequeño cometa.

Acercóse al pretendido talisman el incrédulo jóven, soberano ya contra el infortunio, burlándose de él por una frase mental; pero movido sin embargo de

una curiosidad á la sazón lejítima, inclinóse para mirarle alternativamente bajo todas sus faces. Y descubrió en breve, que aquella luz singular era producida por una causa natural. Tan bien cuidados y bruñidos eran los granos de la piel, tan limpias y tersas sus caprichosas sinuosidades, que parecidas á faccitas de granate figuraban las asperidades de aquel cuero oriental otros tantos hogarillos que reflejaban vivamente la luz.

Luego demostró matemáticamente la razón de este fenómeno al anciano quien por toda respuesta sonrió con malicia.

Y como esta sonrisa indicára al jóven que podia ser muy bien en aquel instante estafado por alguna charlataneria, para no sepultarse en la tumba con un enigma de mas, revolvió la piel con mucha prontitud á la manera de un niño impaciente por conocer los inocentes secretos de algún nuevo juguete.

— Ah! ah! exclamó luego, esta es la señal del sello que los orientales llaman *el sello de Salomon*.

— ¡ Con que lo conoceis! preguntó el mercader de curiosidades que con una risa nasal, manifestó mas ideas de lo que hubieran podido hacerlo, las mas enérgicas palabras.

— ¡ Puede haber en el mundo un hombre tan necio que crea en las extravagancias de esta quimera!... dijo el jóven altamente incomodado por la muda sonrisa del viejo llena de amargas derisiones.

— ¿ Acaso no sabemos, añadió, que las supersticiones del oriente han consagrado la forma mística y los mentirosos caracteres del representante de una potestad fabulosa?... Podeis estar bien persuadido que no seré tachado de imbecilidad en esta circunstancia, cómo tampoco lo fuera si se tratase de esfinjes ó de grifones, cuya ecsistencia es en algun modo científica.

— Ya que sois un orientalista, tal vez pudierais leer esta sentencia...

Trayendo entonces la lámpara bien cerca del talisman que el jóven tenia por su parte posterior, hizo percibir caracteres en el tejido celular de la piel maravillosa, incrustados de manera que parecian producidos por la misma naturaleza en el animal á quien la piel perteneciera.

— A la verdad confieso, exclamó el desconocido, que no me es muy facil acertar con el procedimiento por medio del cual se consiguió grabar tan profundamente esas letras sobre la piel de un onagro.

Y volviéndose con inquieta curiosidad hácia las mesas de mil diferentes objetos cargadas, parecia devorarlos con sus ojos.

— Que os falta?... preguntóle el anciano.

— Un instrumento para probar si las letras están marcadas superficialmente sobre el cuero, ó si están incrustadas.

Inmediatamente el anciano le presentó un pequeño

estoque. Tomóle y probó de cortar horizontalmente la piel en el espacio que ocupan las letras; pero luego que hubo separádo una lijera capa de cuero, volvieron á aparecer tan claras las palabras y de tal modo conformes á las que sobre la superficie estaban, que por un instante creyó que nada habia tocado.

— La industria del levante posée secretos que realmente le son peculiares! dijo mirando la sentencia oriental con alguna inquietud.

— Esto es, respondió el viejo: mas vale atribuirlo al ingenio humano que á la intelijencia divina!

Las palabras misteriosas se hallaban dispuestas del modo siguiente:

SI ME POSEES Á MI, LO POSEERÁS TODO.  
 MAS TU VIDA ME PERTENECERÁ. DIOS  
 LO HA DISPUESTO ASI. DESEA, Y TUS  
 DESEOS SERÁN CUMPLIDOS, PERO  
 REGULA TUS PRETENSIONES POR  
 TU VIDA. ESTARÁ AQUI. Á CADA  
 UNO DE TUS DESEOS DISMI-  
 NUIRÉ, COMO TUS DIAS. ME  
 QUIERES AHORA? TOMA:  
 DIOS TE SATISFARÁ.  
 — AMEN!

— Ola! veo que leéis seguidamente el sanskrit!... le dijo el anciano. Sin duda habreis viajado por la Bengala ó en Persia.

No señor, respondió el jóven tocando con mucha curiosidad la piel simbólica asaz parecida por su poca flecsibilidad á una hoja de laton.

En esto, el viejo mercader puso segunda vez la lámpara sobre la coluna ya citada, no sin lanzarle una mirada llena de indiferente ironía, que queria decir:

— Ya no piensa mas en morir!...